

OBRA : LA SEDUCCION DE MR. HYDE

—Queridos hermanos, estamos aquí reunidos para dar cristiana sepultura a Rubén Merino.

Las palabras del sacerdote llegaban apenas como un rumor al sitio en el que yo me encontraba, un rincón detrás de todos. Delante de mí se extendía un paisaje monocromo con multitud de hombros oscuros a diferentes alturas y sembrado de lápidas que señalaban el linaje y el apego por sus difuntos en función de su ornamentación y sus adornos florales, en muchos casos secos marcando la distancia con el cariño cosechado en su tránsito. En un primer plano destacaba tu viuda, exquisitamente vestida junto a tus dos hijos, era evidente porque todos portaban una rosa blanca que depositaron al unísono sobre tu féretro.

—Él era un buen hombre, seguía diciendo el cura.

No sé si llevar una doble vida puede considerarse algo propio de un buen hombre, pero tú lo hacías a menudo. Sabía que yo no era tu primera historia, me lo confesaste un día. Pero quizás yo era lo único auténtico que habías encontrado, me mostraba enamorada y mientras me atrapabas, no podía ni quería disimularlo.

—Un hombre ejemplar, con su familia y en su profesión...proseguía.

Tu profesión, que era la mía. La que nos unió. Dos periodistas con alma de escritores, aunque tu alma de jefe era más cotizada que la mía. El Señor Director y la nueva becaria. Un error imperdonable que yo cometí tan ajena a los de tu género. Pero al principio yo no sabía quién eras. Coincidí contigo antes que con nadie, era mi estreno en la Editorial. Llegaste a la máquina de café y absorto en tus pensamientos te quisiste llevar también el mío. Yo lo reclamé, tú te disculpaste. Y cuando me iba, me hiciste una pregunta inesperada, todavía algo distraído.

—Perdona, ¿Cuál dirías tú que es la palabra más divertida para ti?

Yo me paré, miré un instante al vaso de papel que había recuperado y después a ti.

—Alioli, dije sin dudar. Una carcajada resonó en el pasillo mientras te alejabas de mí

a grandes zancadas.

No volví a verte hasta esa reunión en la que el Director daba la bienvenida a los becarios y ¡sorpresa! Ese eras tú. Me pareció que los demás desaparecían en la parte del discurso en la que nos describías, a mí me presentaste como a una genial cazadora de palabras. Era tu constante, tu juego. Tu mirada quemaba, me devoraba. Y en esa mezcla de bochorno y orgullo quedé atrapada desde ese instante. Claramente me elegías. Luego un efervescente apretón de manos sostenido más de la cuenta delante de todos y una rendición completa por mi parte ante algo que estallaba entre los dos.

Lo siguiente era previsible. Fue imparable, a partir de entonces una vorágine sacudió mi vida. Me halagaba tanto que me buscaras antes de acabar la jornada, con absurdas disculpas que iban tejiendo el que me colgase de ti. Me fascinaba ver tu antebrazo perfecto cuando metías las marchas, el olor ácido de tu piel y tu manera de decir ¡Qué bien! cuando la conversación te importaba muy poco. ¡ A tu ingenua becaria le gustaba tanto el respeto que despertabas en todos! ...

Por fin hubo una cena romántica, incluyendo un espacio privado y copas muchas copas. Me dejé llevar por tus dulces besos y tus primeras caricias. Y me vi en el apartamento, aquel dedicado a los invitados VIP'S del negocio. Discreto y elegante, con esa luz de presencia que se encendían o apagaban a nuestro paso, invitando al mundo aparte.

Y allí empezó tu transformación. Te acercaste al equipo de música y lo pusiste muy alto, demasiado alto. Luego fuiste a la puerta para dar otra vuelta a la cerradura y sin pudor te guardaste las llaves en el bolsillo, me suponías lo suficientemente bebida como para no tener que simular. Vi el retrato de la violencia que llevabas en esos ojos que ahora me mostraban una expresión inquietante. Tu cara se había transformado, tu sonrisa se convirtió en un rictus amenazante. Cuando me miraste fijamente sentí terror, identificando en el gesto que buscabas hacerme daño, sin apenas tiempo para aceptar el cambio.

Perdí la cuenta de las veces que te dije que quería irme, que había sido un error por mi parte, para que frenaras tu actitud agresiva. Puede que no muchas porque lo ignoraste y seguiste arrastrándome hacia el dormitorio. Ni rastro de la dulzura que me conquistaba. Ya no eras ese tipo brillante y atractivo que me distinguía, haciéndome sentir especial entre el surtido catálogo de ejecutivas que habías seleccionado y empezaron tus insultos, percibí que eso te excitaba aún más:

—Esto es lo que buscabas ¿no? Por eso me provocabas con tus escotes. ¡Ahora vas a hacer lo que yo te pida o verás si no!

Decidí dejarme hacer como si realmente no me importara. Me obligaste a una primera felación hasta que llegaste al climax. Aguanté otra tanda de insultos, luego tuve que soportar como tu lengua recorría cada rincón de mi cuerpo. Te oí decir que si me resistía acabarías conmigo, que no era la única a la que habías llamado para siempre. No quería mirar la expresión salvaje de tu cara, me producía tal miedo que lo demás ya era lo de menos

—¿Que te has creído estúpida?, ¿Que te convertirías en mi amante, o que te haría redactora jefe en plantilla? Pues no ¡Aquí se te acaba todo, pequeña zorra!

El terror me atenazaba pero dejé de llorar y como un robot me plegué a cuanto ya me propusiste. Me tome en serio tu amenaza y solo pensaba en que de un momento a otro podías estrangularme, asfixiarme con la almohada, o machacarme la cabeza. Así dejé que me violaras varias veces hasta que rendido te quedaste dormido.

No me moví, esperé tumbada junto a ti hasta asegurarme de que tu sueño era profundo, me incorporé con una lentitud casi imposible. Recogí mi ropa. Saqué del bolsillo de tu pantalón las llaves de la casa, cuidando que no sonaran, apretándolas fuerte con el puño. Crucé el salón y llegué a la puerta con un sigilo inverosímil. El corazón se me salía al probar qué llave era, evitando el ruido de meterla en el cerrojo, para salir al descansillo por fin sin dejar de mirar atrás, el ruido de la puerta al cerrarla, correr escaleras abajo, vestirme al mismo tiempo, llegar al portal sin respiración, salir a la calle y por fin toparme con un sol violento que decía ser mi salvación.

—Cuando alguien se va, nos cuesta aceptar su marcha (volví a la realidad, la homilía de exaltación al difunto).

Huí a otra ciudad. Cambié de teléfono. Tuve que reinventarme y partir de cero para superar el impacto psíquico y emocional que supuso tu inesperado ataque, la violencia de tu agresión sexual y tus amenazas.

—Rubén fue amigo de sus amigos hasta el final. Ahora Dios le acoge en su seno hasta la vida eterna (proseguía el sacerdote).

Y puede que fuera cierto. Pero yo no tuve ese privilegio, fui tu víctima. Muchas veces me pregunto de qué tenía que haber estado hecha para estar atraída por ti, monstruo depredador camuflado entre modales de seductor de jovencitas. Eras la unión de cientos de retales de las almas caídas en tus garras y por miedo conseguiste que te guardásemos el secreto.

Como si fueras una manta de “patchwork” que yo adoré por un breve tiempo, conseguí alejarme de ti, hasta que alguien me ha avisado de tu muerte. Te vas, pero ignoras que algo bello quedó entre nosotros. Nació hace ya ocho años. Pero no solo no lleva tu nombre, espero que tampoco entre sus genes lleve cosidos tus retales mortíferos. ¡Descansa en paz Dr. Jeckyl!